

# La muerte del jinete del apocalipsis

Sebastiano Monada



Se apaga el día y se enciende la noche  
Pañuelos de celajes nostálgicos se despiden  
Cuecas vespertinas en el atardecer triste  
Agoniza sin darse cuenta elevando su mirada  
Navegante como embarcación herida  
Agonizando en su eterno naufragio  
A la disertación prolongada de la nada  
Cree que lo que observa es el nacimiento  
Cuando son los primeros síntomas de la muerte

No es un ave levantando vuelo  
Albatros llevándose consigo las canciones del mar  
Sino un ángel caído sin levantarse del suelo  
No como ancla sino como raíz profunda de eucalipto  
Con las alas destrozadas de tanta algarabía  
Festiva de los carnavales de Oruro abandonado  
Como murciélago nocturno planea  
Silenciosa caída en la planicie inmensa  
Del Altiplano disipando su memoria  
Sostenido por las brisas lunares  
Suaves como los sueños olvidados

El jinete del apocalipsis

Se ilusiona con la buena salud  
Herencia de la seguridad familiar  
Derrumbada en congoja de castillos incendiados  
Cuando la enfermedad le toma todo el cuerpo  
Avanzando como putrefacta gangrena  
Es la ilusión del moribundo  
Acosado por el peso de la memoria

El ángel caído se convierte en demonio  
Al tocar el palpitante suelo humedecido  
Por labios lascivos y fecundos  
Donde se entierra como todos los muertos  
La pretensión ególatra del dueño de la nada  
Aplastados por los recuerdos silenciados  
Hojarasca de otoño haciendo de alfombra inconsolable  
Que apenas acarician las nostalgias de los vivos  
Soñando la mar amarga de horizontes sin barcos

Emperador carcomido por dentro  
Por los gusanos invisibles del tiempo  
Deposita su orgullo en las ánforas conquistadas  
Y en la estridencia sonora de la radio  
Y la ilusoria pantalla de la virtualidad enmarañada

En el teatro abúlico del espectáculo  
Sin sombras ni espesores corporales  
Estridente de las solemnidades recurrentes  
De la ceremonialidades del letargo estéril  
De la dominación señorial o clientelar

Por eso plebeyo embelesado en gloria efímera  
Déspota empotrado en el palacio desierto  
Aun cuando conglomerados de cuervos  
Sobrevuelan el cielo sagaz graznando

Tu orgullo exaltado te impide descubrir  
La exuberante luminosidad de las flores  
De la colorida consagración de la primavera  
Desplegando poemas pictóricos en el aire  
Sensible de la piel profusa de la Amazonia

Tampoco la tempestad congelada del invierno  
Viene en tu socorro  
A recuperarte de tu caída sin retorno  
Caes al abismo insondable de la nada  
Desaparecerás y ya nadie podrá recordarte

Pasiones detenidas en el instante petrificado

Del inocente expuesto asombro

Te derrumbaras con todos tus escombros

Como todos los emperadores de la historia

Que son anécdotas insólitas de los cuentos

De menesterosas hadas inventadas

Por taciturnos escritores veteranos

Tus guerras y tus ejércitos recorren los mares

Y los numerables continentes

Dejando rastros de sangre

Y remolinos de tijeras penas

A esto llamas gloriosa victoria

Cuando es la derrota de la vida

Vencida momentáneamente por las armas

La vida renace de las ruinas y de las cenizas

Recomienza sus rutinas creativas

Cicatrizando las heridas abiertas

Encapsulando tus destrucciones en los tejidos

Del aprendizaje interminable

Serás por eso derrotado

Por el eterno retorno de la rebelión soñada

No podrás contra el ímpetu desbordado de los climas

Circulando por el orbe preñado de la Tierra

Fértil e inconquistada